

Los ovejeros

El dueño de casa está bebiendo desde el Sábado; estamos a Martes. Habla poco y con voz pastosa. Cuando calla parece que escuchara cómo el alcohol le ~~está~~<sup>va</sup> cociendo el hígado, los riñones, el páncreas y otras presas. Después de verle beber una nueva copa de vino, asombra no ver que le vuelva a salir, pero inmediatamente, por las orejas, por las narices o goteando por los bigotes. Al lado del rancho, y bajo una ramadita, ocho o diez personas comen y beben, ensayando tal o cual cueca.

Pero no hemos llegado hasta aquí para contemplar al dueño de casa, cuya cara es una pura arruga, y nuestros ojos vigilan la embocadura de la quebrada, por donde debe aparecer el piño de ovejas que un muchachón ha ido a buscar. Al poco rato se oyen silbidos y gritos, y el piño, de unos cuarenta animales, empieza a blanquear entre el monte. Minutos después, y en medio de balidos, correteos de crías y nubes de polvo, las ovejas entran al corralito. Allí nos metemos, en busca del lechón propicio.

Entre las ovejas, enlazando a unas, correteando a otras, cogiendo a esta cría para acariciarla o a aquella, muy pequeña, para juntarla a la madre, se mueven los ovejeros: no tendrán más de diez años y van vestidos de pantalón largo y chaqueta corta, calzan ojotas y llevan en la cabeza grandes sombreros que se les meten hasta las orejas; bajo las rotosas alas les brillan unos grandes ojos oscuros.

Olvido al dueño de casa y al apetecido lechón y no tengo ojos sino para mirar a los ovejeros: nunca, ni en animales ni en personas, he visto nada más gracioso ni más vivaz, una expresión de mayor inteligencia ni una mayor elegancia de movimientos que en estos dos muchachuelos montañeses, que se mueven entre las ovejas como si fueran también animalillos.

--¿Son hijos suyos? -- pregunto a una mujer que se ha acercado a nosotros.

--Sí -- me responde, mientras acaricia a una ovejilla que lleva en brazos.

Pero el dueño de casa, que cree que la pregunta ha sido dirigida a él, interrumpe su escucha y contesta también:

--Sí, son míos; son los ovejeros.

Lo miro, asombrado.

--Es mi marido -- dice la mujer, sonriendo.

Aquello, naturalmente, me llena de estupor: ¿cómo es posible que estos graciosos y vivaces chiquillos sean hijos de este bodoque lleno de vino? La cosa es clara, sin embargo, y esta claridad me llena de terror: este hombre fué como estos chiquillos y estos chiquillos serán como este hombre. Abandonados a su suerte, estos niños, dentro de veinte años, en cualquier otro 19 de Septiembre, estarán allí, escuchando cómo su cuerpo se va cociendo lentamente en alcohol, mientras sus hijos corretearán alegremente tras otras ovejas. Es la rueda, que diría el hindú, la rueda del abandono, de la pobreza y del vino tinto.

Manuel Rojas

CELICH UC  
Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©